

M. Levrault iba por fin á representar un papel en el teatro político. Al otro día acudió á la hora que se le habia designado á casa de Jolibois.

—Doy á V. mi enhorabuena, le dijo el comisario general: he leído esta mañana su nombre en el *Moniteur*, y confieso que se ha portado V. como un excelente ciudadano, como un verdadero patriota. La república no será ingrata, y sabrá recompensarlo á V. dignamente. Ayer noche ví al subsecretario de Negocios extranjeros, el cual nos aguarda en este momento; conque... vámonos. El puesto que á V. destina será una verdadera ganga; estoy seguro de ello. Aprovechemos, pues, la oca-

sion, por aquello de que, cuando pasan rábanos, comprarlos.

M. Levrault no cabia en sí de gozo, y se desahucia en cumplimientos. Una hora despues, maese Jolibois introducía á su cliente en el despacho del subsecretario.

—Tengo la honra, mi querido amigo, le dijo Jolibois, de presentar á V. el candidato de quien le hablé anoche.

—Sea V. bien venido, caballero, respondió el interlocutor de Jolibois, volviéndose hácia M. Levrault: tome V. asiento, y hablemos de su pretension.

El ex-mercader, cuya vista se desvanecía, y cuyas piernas temblaban, se dejó caer más bien que se sentó en una butaca.

—Estéban Jolibois, prosiguió el subsecretario, me ha comunicado ya parte de las intenciones que aquí le traen. Desde luego debo decirle que su nombre no me es desconocido, y que no ha sido una de las menores faltas que cometiera el gobierno anterior la de no haber utilizado su persona. Si la familia de Orleans hubiese colocado su confianza en hombres de la estofa de V., á buen seguro que no se vería hoy en Claremont.

M. Levrault se inclinó sin encontrar palabras que responder.

—Es increíble, en efecto, que la monarquía

no haya apelado á sus héroes; el ministro me habló ayer acerca de V. en los términos más li-sorjeros.

—Yo no me quejo de la monarquía, dijo M. Levrault, cuya lengua se desató al fin; la monarquía nada me ha ofrecido, ni yo habria aceptado nada de ella. Inalterable en mis principios, fiel á mis convicciones, he aguardado pacientemente la hora de la reparacion.

—Ya se lo habia yo á V. dicho, exclamó Jolibois; el ciudadano Guillermo Levrault es un ciudadano neto.

—A Dios gracias, repuso el subsecretario, la república no es tan ciega como la monarquía; la república, M. Levrault, sabe muy bien lo que V. vale, y va á darle una prueba de ello. El cuerpo diplomático necesita ser renovado con cierto discernimiento, cada mision requiere un hombre especial; y si bien habia yo pensado nombrarle á V. representante del comercio francés en las ciudades anseáticas, el ministro se ha empeñado en conferirle una embajada, porque una mision comercial (me dijo) ¡es indigna del ciudadano Levrault!

—¡Cómo! ¿se ha dignado el ministro hablar á V. de mí en esos términos?

—He repetido á V. sus propias palabras. A ellas añadió de allí á poco. «¿Pero qué embajada le dare-

mos? Ayer he dispuesto de las de Lóndres y Viena; San Petersburgo y Berlin están ya medio prometidas. Madrid es de poca importancia: ¿cree V. (me preguntó) que aceptará la de Constantinopla?» Ya iba yo á contestar á nombre de V., cuando el ministro me cortó la palabra, diciendo: «ya sé lo que le conviene: un hombre como él es digno de una mision excepcional; una mision sin precedentes. La Francia ha reconquistado los despojos de Napoleon; su honor y su dignidad están interesadas en recobrar los despojos de Carlo Magno.»

—Acepto, acepto, dijo M. Levrault.

—Réstame al presente dar á V. instrucciones, use V. arrogantemente del lenguaje del derecho y de la verdad; obligue á la Rusia á que nos devuelva la cabeza de Carlo-Magno, y dentro de tres meses habremos reconquistado nuestras fronteras del Rin, y la Francia agradecida saludará á usted como á su libertador, puesto que habrá logrado hacer trizas los tratados de 1815.

—¡Ah! ¡Los tratados de 1815! repitió M. Levrault, ¿y si la Prusia me rehusa la cabeza de Carlo-Magno?

—No se atreverá á ello; háblela V. en nombre de la Francia. El gobierno de Berlin verá detras de usted 100.000 bayonetas, y su voz será escuchada. La mision de que va V. á encargarse es tanto más honrosa, cuanto que no se halla exenta de peli-

gros; tal vez quepa á V. igual suerte que á los enviados franceses en Rastadt.

—¿Qué suerte? preguntó M. Levrault.

—Pero si osasen atentar contra la vida de V., en tal caso, nada le importe; la Francia le vengaría cruelmente.

—Pero, ¿cuál fué la suerte de los enviados en Rastadt?

—Fueron cobardemente asesinados.

—¡Asesinados!

—¿Cómo! ¿retrocederia V. ante el peligro?

—¡Eso jamás! exclamó temblando M. Levrault.

—Respondo de él, añadió Jolibois. Si ha palidecido al escucharle á V., ha sido de indignacion, no de miedo.

—¿Y cuándo he de partir? preguntó el ex-mercader con un acento que revelaba sus terrores.

—Cuando lea V. su nombramiento en el *Moniteur*, venga á recoger sus credenciales, y en seguida se pondrá en camino. Recomendando á V. la discrecion más absoluta; ¡cuidado con decir una palabra á nadie acerca de su mision! Es preciso que su ida á Berlin sorprenda á todas las cancillerías de Eurcpa.

Jolibois y M. Levrault acababan de salir del ministerio, y el segundo iba entregado en cuerpo y alma á las palabras que acababa de oír.

—Al presente, mi querido Levrault, le dijo el

ex-aprendiz de notario al llegar al boulevard, ya tiene V. el pié en el estribo; de su cuenta corre ahora el encaramarse. ¡Qué carrera tan magnífica se extiende delante de sus ojos! Si logra V. escapar de una suerte análoga á la de los enviados franceses en Rastadt, es muy posible que á su regreso le sea confiada la cartera de Estado.

M. Levrault guardó silencio, y Jolibois continuó:

—Fácilmente podrá V. poner á salvo su vida; con tal de que se provea de una buena cota de maila á prueba de balas y de puñales, y con tal de que la lleve V. oculta bajo su traje diplomático, ya puede desafiar arrogantemente todos cuantos complots se tramen contra él.

—Confieso, dijo al fin M. Levrault melancólicamente, que hubiera preferido representar al comercio en las ciudades anseáticas.

—¿Cómo! ¿habla V. seriamente? repuso Jolibois con tono severo. ¡Rehusaria V. acaso, por la poltroneria de no arriesgar el pellejo, servir á la república, cuando ella, á guisa de la más generosa de las madres, le depara tan buena ocasion! ¿Me habria yo engañado, por ventura, en el concepto que he formado de V.? ¿Seria su corazon menos intrépido de lo que yo creia, y su alma menos republicana? ¿Habré cometido una torpezá al adelantarme á recomendarle? Yo he respondido de

Guillermo Levrault como de mí mismo; ¿será cosa de que tenga que arrepentirme de ello? ¿Retira usted la palabra empeñada al subsecretario? Aun es tiempo; pero antes piénselo V. bien, porque si se decide á no partir, yo no respondo ni de su vida ni de su fortuna.

—Partiré, partiré, replicó M. Levrault; yo le respondo á V. de que no tendrá que avergonzarse de haberse interesado por mí. Solo que.... á decir verdad, yo creía, y aun lo he oído á infinidad de personas, que la de un agente diplomático era sagrada; si he de hablar á V. francamente, mi querido Jolibois, yo no sabía ni una palabra acerca de los enviados franceses muertos en Rastadt.

—Amigo mio, repuso Jolibois, la diplomacia republicana está muy lejos de ser, como lo era la diplomacia monárquica, una vida de placeres, de regalo y de ociosidad; es más bien una lucha tan activa y peligrosa como la militar; ¿lo ignoraba V.?

—He dicho que estaba resuelto á partir, y partiré, dijo M. Levrault con la resignación de una víctima á quien se envía al suplicio.

—A propósito, exclamó Jolibois; ¿ha pensado usted en el traje? cuidado, que el tiempo urge, y quién sabe si no aparecerá mañana mismo su nombramiento en el *Moniteur*. Ya conocerá usted

el uniforme de los agentes diplomáticos de la Francia regenerada.

—¡Ay! ¡no!

—Pantalon *collant*, botas de campana, chaleco blanco á lo Robespierre, casaca azul con faldones flotantes, y sobre el pecho el triple símbolo de la república; esto es, el gorro frigio, el nivel y dos manos estrechadas, ó sea libertad, igualdad y fraternidad. En cuanto á la cota de malla, véngase V. ahora conmigo, y por cien escudos le proporcionaré la que llevaba Francisco I en la batalla de Pavía.

Media hora despues entraban ambos en una tienda del muelle Malaquais, y M. Levrault pagó, sin regatear, cien escudos por una cota de malla milanesa, con la cual cargó, llevándola debajo del brazo.

—Con esa camisa, le dijo Jolibois así que anduvieron algunos pasos por el muelle, ya puede usted dormir á pierna suelta; porque á no ser que los sicarios de la tiranía le hieran en la cabeza, nada tiene V. que temer.

Y así diciendo, estrechó la mano de su compañero, y lo dejó más muerto que vivo con su cota de malla debajo del brazo. ¿Será necesario añadir que la misión que iba á confiarse á M. Levrault era una jugarreta? ¡Pluguiese á Dios que esta pesada broma hubiese sido la única bufonería de aquel tiempo!